



El Gran Valor de Estar Unidos

Carlos Paredespinto



En una cálida casa rodeada de grandes árboles, tres hermanos compartían un espacio lleno de juguetes y risas. David, el hermano mayor de once años, leía un libro mientras cuidaba a Liam, de cinco años, y al pequeño Jacob, de apenas dos. Antes de salir un momento al patio, sus padres les dieron una instrucción clara: debían compartir con amabilidad y mantenerse alejados de la cerca del jardín trasero.



Poco después, Liam encontró un resplandeciente camión rojo de carreras y David quiso tomarlo para enseñarle cómo usarlo bien. Los dos comenzaron a discutir acaloradamente, gritando y tirando del juguete en lados opuestos sin querer ceder ni un poco. El pequeño Jacob miraba a sus hermanos mayores con ojitos tristes, confundido por el ruidoso conflicto.



Mientras la pelea entre David y Liam se volvía cada vez más fuerte, ninguno de los dos notó que la puerta que daba al jardín se había abierto con el viento. El curioso Jacob, buscando un lugar tranquilo para jugar, caminó descalzo hacia la zona prohibida del jardín. Sus pequeños pasos se alejaron entre la hierba alta sin que sus hermanos mayores se dieran cuenta.



De repente, un grito de susto rompió el aire del jardín y devolvió a David y Liam a la realidad. Los dos hermanos dejaron caer el camión de juguete y miraron a su alrededor, notando con horror que el pequeño Jacob había desaparecido. Cerca de la pendiente empinada del jardín solo encontraron una de las diminutas zapatillas de su hermanito.



El miedo oprimió el pecho de David al recordar las advertencias de sus padres sobre los peligros de la pendiente. Comprendió al instante la terrible consecuencia de haber discutido y desobedecido las indicaciones recibidas. En lugar de culpar a Liam, David le tomó la mano con firmeza y decidió que debían actuar juntos inmediatamente.



David asumió su responsabilidad como hermano mayor y dio instrucciones precisas a Liam para actuar como equipo. Le pidió a Liam que fuera corriendo a llamar a sus padres, mientras él descendía con mucho cuidado por la pendiente de hierba resbaladiza. Abajo, entre las plantas, vio al pequeño Jacob llorando, atrapado en un banco de tierra blanda.



Con paso seguro y calmado, David llegó hasta Jacob y lo envolvió en un abrazo protector para calmar su llanto. Pocos segundos después, Liam regresó corriendo guiando a sus padres directamente hacia el lugar exacto. La rápida cooperación de los hermanos mayores permitió que rescataran a Jacob sin que sufriera ningún daño.



De vuelta en la seguridad del salón, sus padres secaron a Jacob y abrazaron a los tres niños con alivio y seriedad. David y Liam reflexionaron en silencio sobre lo sucedido, entendiendo finalmente por qué las instrucciones de los adultos existían para protegerlos. Reconocieron que haber peleado por un simple juguete casi provoca un accidente grave.



David y Liam se miraron a los ojos, se pidieron perdón sinceramente y se abrazaron con afecto. Prometieron solemnemente que nunca más dejarían que un desacuerdo los separara, pues su deber principal era cuidar siempre del pequeño Jacob. Los tres hermanos se tomaron de las manos, más unidos y conscientes que nunca del valor de la familia.



Al caer la noche, los tres hermanos construyeron juntos un enorme castillo de mantas y cojines en la sala de estar. Liam y David compartían pacientemente sus juguetes con Jacob, llenando la habitación de risas calurosas. Descubrieron que cuando trabajan en equipo y siguen las reglas, su hogar se convierte en el lugar más seguro y feliz del mundo.